

oratorio era justamente el traje de etiqueta, el vestido de fiesta que era necesario vestir para ser admitido entre la gente honrada. Lo que nos parece afeitado no era entonces sino elegancia; en un siglo clásico el período perfecto y el desarrollo sostenido, son conveniencias, y por tanto, obligaciones.

Nótese, por otra parte, que ese ropaje literario que nos oculta ahora la verdad, no la ocultaba á sus contemporáneos; bajo él veían estos la línea exacta, el detalle perceptible que nosotros no vemos. Todos los abusos, todos los vicios, todos los excesos de refinación y cultura, toda esa enfermedad social y moral que flagelaba Rousseau con frases de autor, estaban allí á su vista en sus corazones, visibles y revelados por millares de ejemplos domésticos y diarios. Para aplicar la sátira les bastaba mirar ó recordar. Su experiencia completaba el libro, y con la colaboración de sus lectores, el autor tenía el poder que ahora le falta. Pongámonos en su lugar y volveremos á hallar sus impresiones. Sus humoradas, sus sarcasmos, las frases duras de toda clase que á los grandes, á la gente de moda y á las mujeres, su tono rígido y decisivo son escandalosos, pero no desagradan. Por el contrario, después de tantos cumplimientos, de sosas alabanzas y de insignificantes versos, todo eso despierta el paladar enfermo. Es la sensación de un vino áspero y fuerte tras un prolongado régimen de horchata y de toronjas confitadas. Por eso su primer discurso contra las artes y las letras «se remonta inmediatamente á las nubes.» Pero sus idilios conmueven los corazones más aún que sus sátiras. Si los hombres escuchan al moralista que rujé, se precipitan tras los pasos del mágico que encanta; las mujeres, sobre todo á las jóvenes, es á quienes enseña la tierra prometida. Todos los descontentos acumulados, la fatiga del presente, el fastidio, el vago disgusto, una multitud de deseos escondidos brotan á semejanza de aguas subterráneas bajo la sonda que por vez primera las llama á la luz.

Esta sonda, Rousseau la hunde con exactitud y hasta el fondo por casualidad y por genio. En una sociedad enteramente artificial en la que la gente es un compuesto de figuritas de salón y cuya vida consiste en figurar graciosamente con arreglo á un modelo convenido, él predica la vuelta á la naturaleza, la independencia, la seriedad, la pasión, las efusiones, la vida viril, activa, ardiente, dichosa y libre en pleno sol y al aire libre. ¡Qué desahogo para las facultades comprimidas, para el rico y ancho manantial que mana siempre en el fondo del hombre y á la que este bonito mundo nos da salida! Una mujer

de la corte ha visto á su lado el amor tal como entonces se practica, simple capricho, á veces simple pasatiempo, pura galantería cuya urbanidad exquisita encubre mal su debilidad, su frialdad y á veces su maldad; en una palabra, aventuras, recreos y personajes como muchos describe Crebillon hijo. Una noche, en el momento de salir para el baile de la Opera, encuentra encima de su tocador la *Nueva Eloisa*; no me admira que haga esperar una y otra hora á sus caballos y á sus criados, ni que á las cuatro de la madrugada mande desanganchar, ni que pase el resto de la noche leyendo, ni que se deshaga en llanto; por primera vez acaba de ver á un hombre que ama (1).

De la misma manera, si queréis comprender el éxito del *Emilio*, recordad los niños que hemos descrito; señoritos bordados, dorados, empolvados, provistos de espada con lazo, con el sombrero debajo del brazo, haciendo la reverencia, ofreciendo la mano, estudiando ante el espejo las actitudes encantadoras, repitiendo cumplimientos aprendidos, bonitos maniqués en quienes todo es obra del sastre, del peluquero, del preceptor y del maestro de baile; á su lado las señoritas de seis años, todavía más ficicias, apretadas en un corsé de ballenas, enjaezadas con un pesado guardapiés lleno de clin y con aros de hierro, disfrazadas con un peinado de dos piés de altura, verdaderas muñecas con colorete, y con las cuales se divierte su madre un cuarto de hora cada mañana, para abandonarlas luego el resto del día á las camareras. Esta madre lee el *Emilio*; nada de extraño tiene que inmediatamente desnude á la pobrecilla y forme el proyecto de amamantar por sí misma al primer hijo que vuelva á tener. Por estos contrastes es por los que tuvo Rousseau tanta fuerza. El mostraba la aurora á los que nunca se habían levantado hasta el mediodía, el paisaje á ojos que sólo se habían detenido en los salones y en los palacios, el huerto natural al que sólo se habían paseado entre recortados retos de ojaranzos y platabandas rectilíneas, el campo, la soledad, la familia, el pueblo, los placeres afectuosos y sencillos, á ciudadanos cansados de la esterilidad del mundo, del exceso y complicaciones del lujo, de la comedia monótona, que al resplandor de cien bujías, desempe-

(1) *Confesiones*, II, libro XI. «Las mujeres enloquecieron con el libro y con su autor hasta al extremo de que había pocas, aún en la clase elevada, que yo no hubiese conquistado, caso de intentarlo. Tengo de ello pruebas que no quiero escribir y que sin haber necesitado experimentarlas, autorizan mi opinión.»

ñaban todas las noches en su casa ó en la de los demás. Oyentes así dispuestos no distinguen claramente entre el énfasis y la sinceridad, entre la sensibilidad y la sensiblería. Siguen á su autor como á un revelador, como á un profeta hasta el fin de su mundo ideal, más todavía por sus exageraciones que por sus descubrimientos, y tan lejos por el sendero del error como por el camino de la verdad.

Estas son las grandes potencias literarias del siglo. Con menores resultados, y mediante combinaciones de toda clase, los elementos que compusieron los talentos principales, componen también los secundarios; tras de Rousseau, los escritores elocuentes y sensibles, Bernardino de Saint-Pierre, Rainal Thomas, Marmontel, Mably, Florian, Dupaty, Mercier, Mme. de Stael; tras de Voltaire, la gente de imaginación viva y aguda, Duclos, Piron, Galiani, el presidente de Brosses, Rivarol, Champfort y, hablando con exactitud, todo el mundo. Cada vez que una rama ó veta de talento, por delgada que fuese, brota de la tierra, lo hace para propagar y llenar más adelante la nueva doctrina; hallaríanse, con trabajo, dos ó tres pequeños arroyuelos que corrieran en sentido contrario, el diario de Freron, una comedia de Palissot, una sátira de Gilbert. La filosofía penetra y se desborda por todos los cauces públicos y secretos, por los manuales impíos, las *Teologías portátiles* y las novelas lascivas que vendedores ambulantes llevan bajo su capa, por los pequeños versos malignos, los epigramas y las canciones que cada mañana constituyen la noticia del día, por los puestos de la feria y los discursos de la academia, por la tragedia y la ópera, desde el principio hasta el fin del siglo, desde el *Edipo*, de Voltaire hasta el *Tarare*, de Beaumarchais. Parece que sólo ella exista en el mundo; ó por lo menos, está en todas partes é inunda todos los géneros literarios; nadie se inquieta porque los deforme, basta que le sirvan de vehículo. En 1763, en la tragedia de Manco-Capac, «el papel principal, según dice Bachaumont, contemporáneo de aquella época, es el de un salvaje que declama en verso lo mismo que hemos leído esparcido en el *Emilio* y el *Contrato social*, acerca de los reyes, de la libertad, de los derechos del hombre y de la desigualdad de las condiciones. Este virtuoso salvaje salva al hijo del rey, contra el cual había levantado el puñal un gran sacerdote, y señalando sucesivamente á éste y á sí propio, exclama: «Hé ahí al hombre civil, hé aquí al salvaje.» Estos versos se aplauden y obtienen una ovación; de tal manera, que en Versalles se pide esta tragedia y se representa ante la corte.

Necesario es decir lo mismo con destreza, brillo, jocosidad, numen y escándalo: de ello se encarga el *Casamiento de Figaro*. Nunca el pensamiento del siglo se mostró con un disfraz que lo hiciera más visible, ni bajo una ornamentación que lo hiciera más simpático. El título es la *Loca jornada*, y en efecto, es una velada de locura, una noche como las que se daban entonces en la buena sociedad, una mascarada de franceses vestidos de españoles, un desfile de trajes, de variantes decoraciones, de coplas, un baile,—una aldea que baila y canta,—un abigarramiento de personajes, gentiles-hombres, domésticos, duendes, jueces, notarios, abogados, músicos, jardineros, pastores, en una palabra: un espectáculo para los oídos, para los ojos, para todos los sentidos, al contrario de la comedia en auge en la que tres personajes de cartón, sentados en sillones clásicos, cruzaban razonamientos didactarios en un salón abstracto. Mejor aún, es un batiburrillo, de acción superabundante, entre intrigas que se cruzan, se rompen y se reanudan, á través de una mescolanza de disfraces, de reconocimientos, de sorpresas, de desprecios, de asaltos por la ventana, de altercados y bofetones, todo ello en estilo brillante cuyas frases centellean por todas sus facetas, cuyas réplicas parecen cortadas por la mano de un lapidario, en las que los ojos se obligarían á contemplar los numerosos brillantes del lenguaje si el espíritu no fuese arrastrado por la rapidez del diálogo y la petulancia de la acción. Pero hé aquí otro carácter, el más penetrante de todos para una sociedad enamorado de Parny; según el conde de Artois cuya frase no me atrevo á estampar, es la apelación á los sentidos, es el despertar de ellos el que constituye todo el gusto y sabor del drama. El fruto maduro, sabroso, pendiente de la rama no cae pero parece siempre estar á punto de caer; todas las manos se extienden para cogerlo, y la voluptuosidad algo velada, pero tanto más provocadora, excita de escena en escena, en la galantería del conde, en la turbación de la condesa, en la candidez de Franchette, en las gallardías de Figaro, en las libertades de Susana, para terminar en la precocidad de Querubín. Únase á todo eso un doble sentido perpetuo, al autor oculto tras sus personajes, la verdad puesta en boca de un gracioso, malicias envueltas en ingenuidades, el amor burlado pero á cubierto del ridículo por sus bellas maneras, el criado sublevado pero preservado de la acidez con su buen humor, y se comprenderá como Beaumarchais pudo representar el antiguo régimen ante los jefes del mismo, poner en escena la sátira política y social, dar públicamente á cada abuso un

nombre ó una palabra que se convierte en proverbio y estalla como un petardo (1).

Recopilar en algunas líneas toda la polémica de los filósofos contra las prisiones de Estado, y contra la censura de los escritos, contra la venalidad de los empleos, contra los privilegios del nacimiento, contra la arbitrariedad de los ministros, contra la inca-

(1) Se necesita un calculista para llenar el cargo y lo obtuvo un bailarín. Es un abuso muy grande el de vender los empleos. Si sería mucho mejor, que los dieran de balde. Sólo los hombres pequeños temen los pequeños escritos. El azar forjó las distancias, sólo la inteligencia puede cambiarlo todo. Cortesano... dícese que es un oficio muy difícil. Recibir, tomar y pedir, hé ahí el secreto en tres palabras, etc.» Y todo el monólogo de Figaro, todas las escenas con Bridoisson.



La devastación

pacidad de los funcionarios, mejor aún, reasumir en un solo personaje, todas las reclamaciones públicas, dar el primer papel á un plebeyo, bastardo, bohemio y criado, que á fuerza de maña, de valor y de buen humor, se sostiene, flota, remonta la corriente, sigue adelante en su pequeña barquilla, esquiva el choque de las grandes embarcaciones y hasta pasa delante de la de su amo lanzando á cada golpe de remo una lluvia de chistes sobre todos sus rivales. Además, en Francia, por lo menos, la inteligencia es la primera potencia. Siempre basta que la literatura se ponga al servicio de la filosofía. Ante su complicidad, el público no hace gran resistencia y la señora no tiene el menor trabajo en convencer á los que la criada ha seducido ya.



CAPITULO II

El público en Francia. — La aristocracia. — Ordinariamente repugna ésta las novedades. — Condiciones de esta repugnancia. — Ejemplo en Inglaterra. — Las condiciones contrarias se hallan en Francia. — Ociosidad de la clase elevada. — La filosofía parece un ejercicio de imaginación. — Además es el pasto de la conversación. — La conversación filosófica en el siglo XVIII. — Su superioridad y su atractivo. — Atracción que ejerce. — Otro efecto de la ociosidad. — El espíritu excéptico, libertino y murmurador. — Antiguos resentimientos y nuevos descontentos contra el orden establecido. — Simpatía por las teorías que le atacan. — Hasta qué punto son admitidas. — Su propagación á la clase elevada. — Progreso de la incredulidad en religión. — Su origen. — Estalló en tiempo de la Regencia. — Creciente irritación contra el clero. — El materialismo en las reuniones. — Auge de las ciencias. — Opinión final sobre la religión. — Excepcionismo del alto clero. — Progreso de la oposición en política. — Su origen. — Los economistas y los parlamentarios. — Éstos hallanan el camino á los filósofos. — Murmuración de los salones. — Liberalismo de las mujeres. — Esperanzas vagas é infinitas. — Generosidad de sentimientos y de comportamiento. — Suavidad y buenas intenciones del gobierno. — Ceguedad y optimismo.

I

Y todavía es necesario que este público quiera dejarse convencer y seducir; no cree sino cuando está dispuesto á creer y muchas veces contribuye más él al éxito de las obras que sus mismos autores. Cuando habláis con hombres de religión ó de política, casi siempre está su opinión formada; sus prejuicios, sus intereses, su situación, hánles empeñado anticipadamente; no os escuchan sino cuando les decís en alta voz lo que ellos dicen en voz baja. Proponed la demolición del gran edificio social para edificarlo bajo un plano diametralmente opuesto; por regla general no tendréis más oyentes que la gente mal alojada ó sin albergue, la que vive en camaranchones ó sótanos, ó duerme al raso en los terrenos baldíos de los alrededores de una casa. En cuanto á la generalidad de los habitantes, cuya habitación es reducida pero pasable, teme las mudanzas, tiene afición á sus hábitos. La dificultad será todavía mayor en la clase elevada que ocupa las buenas habitaciones; para que

admita nuestro proyecto se necesita que su ceguera ó su desinterés sean extremadas. En Inglaterra está clase advierte muy prontamente el peligro. Por más que allí la filosofía sea precoz é indígena, no se aclimata. En 1729, Montesquieu escribía en su cartera de viaje: «No hay pizca de religión en Inglaterra; cuatro ó cinco miembros de la Cámara de los Comunes van á misa ó al sermón de la Cámara, si alguien habla de religión, todo el mundo se echa á reír. Todos lo hicieron así, al oír á un hombre que decía en mi época, creo eso como artículo de fe. Hay un comité para velar por el estado de la religión, pero eso se mira como ridículo.» Cincuenta años más tarde, el espíritu público ha cambiado. «Todos los que tienen un techo sobre su cabeza y un vestido sobre los hombros,» dice Macaulay han visto el alcance de las nuevas doctrinas. De todos modos, comprenden que las especulaciones de gabinete no deben convertirse en arengas de encrucijada. La impiedad les parece una indiscreción;